

La Transición, punto de partida. Reflexiones sobre la pervivencia del marco democrático español

Mari Paz BALIBREA
Birkbeck, University of London
Orcid: oooo-0002-0629-5984

Resumen: Este artículo explora la pervivencia de la Transición a través de cincuenta años de la historia política y cultural española. Haciendo calas en momentos y conceptos clave, tanto de afirmación (pacto de silencio, consenso, reconciliación), como de cuestionamiento (régimen del 78, CT, segunda Transición, guerras de la memoria) de los logros de este periodo, y con referencias a actores políticos, culturales e intelectuales, se hace patente que la Transición sigue siendo un origen reconocible del presente, un momento determinante al que continúa siendo necesario volver para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro de la democracia española.

Palabras clave: Transición, memoria histórica, contracultura, 15M, intelectuales

Abstract: «The Spanish *Transición*, Departure Point. Reflections on the persistence of a democratic framework» explores the return of the *Transición* through fifty years of Spanish political and cultural history. By examining key moments and concepts, both of affirmation (pact of silence, consensus, reconciliation) and of questioning («regime of 78», CT, second *Transición*, memory wars) of this period's achievements, and with references to political, cultural and intellectual actors, the article shows how the Transition continues to be a recognizable origin of the present, a determining moment to which it is still necessary to return in order to reflect on the past, the present and the future of Spanish democracy.

Keywords: Transition, historical memory, counterculture, 15M, intellectuals

Con respecto a los discursos políticos y sociales, el proceso transicional español a la democracia tras la muerte de Francisco Franco en 1975 se estabilizó por medio de la invocación al consenso y la reconciliación. Estos dos términos —las condiciones del contrato transicional— se construyeron discursivamente como expresión de la fortaleza del proceso, ocultando las debilidades que imponían a la naciente democracia: la estructuración territorial administrativa del Estado en Autonomías, el llamado “café para todos” que evitaba reconocer las reales asimetrías en cuanto a identidad regional y la condición plurinacional del Estado moderno español; la monarquía constitucional, adaptada de la forma de Estado acordada con el dictador, soslayando la posibilidad de distanciarse y distinguirse de la dictadura que la proclamación de una República habría supuesto; la Ley de Amnistía, que exoneraba a las instituciones criminales franquistas y a sus agentes, descartando desarrollar leyes de reparación a las víctimas del

franquismo; los Pactos de la Moncloa, portadores de una liberalización económica continuadora de los logros económicos del “desarrollismo” franquista y que en nada mejoró los derechos de las clases trabajadoras (Juste 2017; López y Rodríguez 2010). Las versiones discrepantes o críticas de esta narrativa fueron o bien activamente reprimidas o echadas al olvido —por utilizar la expresión acuñada por Santos Juliá (2003)— como perniciosas para la integridad de la Transición. Me refiero, en primer lugar, a lo que Labrador llama «una memoria alternativa de la Transición, basada en la crítica utópica de la democracia por venir» (2014: 54) y que se expresa en los primeros meses tras la muerte del dictador con «movilizaciones populares, el recrudecimiento de las huelgas, las convocatorias de las asociaciones de vecinos, la emergencia de nuevas formas de hacer política y de nuevas luchas por la emancipación y la incorporación de nuevos colectivos al antifranquismo» (Labrador 2014: 16)¹. Y en segundo lugar, a las reivindicaciones de reparación y legitimación para los vencidos en la Guerra Civil y represaliados por la dictadura. Un buen ejemplo de la supresión de estas visiones discrepantes lo tenemos en el documental de los hermanos Cecilia y José J. Bartolomé *Después de* (primera parte: *No se os puede dejar solos* [1981] y segunda parte: *Atado y bien atado* [1983]). Encadenando múltiples y dispares ejemplos de movilizaciones sociales críticas con el proceso transicional, tanto de la derecha como de la izquierda, *Después de* ofrece la imagen de una España disidente y no reconciliada que chocaba con el retrato hegemónico de una sociedad civil en camino a la estandardización democrática. Desde este punto de vista el documental constituía un peligro y por ello fue censurado. Su estreno y distribución, muy limitada, no fue posible hasta 1983.

La invocación de la reconciliación nacional, la capacidad de conseguir consensos proporcionaba la altura moral que ayudó a digerir no solo como necesarios, sino como deseables, tanto los olvidos como los compromisos acordados en lo económico, social, político y jurídico. Ni que decir tiene que el primer y principal beneficiario de su implementación fue el mismo franquismo y sus agentes. El discurso y las políticas de reconciliación se habían desarrollado en el exilio durante la dictadura, empezando en los años cuarenta al final de la Segunda Guerra Mundial, una vez se impuso la geopolítica de la Guerra Fría y la realidad de que los aliados no iban a derrocar a Franco. En este contexto, el concepto de la reconciliación nacional se refería a la promoción de alianzas con todo tipo de posturas disidentes dentro y fuera de la España franquista, y sus políticas fueron adoptadas tanto por comunistas como por anticomunistas. La generosidad y amplitud ideológica de esta alianza abarcaba a quienes habían luchado en el bando

¹ Véase Wilhelm (2016) para una historia política de estos movimientos; Sánchez León (2010) y Labrador (2017) sobre literatura, SIDA y drogas; Chamouleau (2017) sobre la comunidad LGTBQ+.

sublevado durante la Guerra Civil (notablemente los falangistas), siempre y cuando compartieran la voluntad de acabar con el franquismo. En otras palabras, la reconciliación nacional durante el franquismo era un acuerdo entre antifranquistas “contra” el franquismo². A diferencia de este acuerdo, la reconciliación de la Transición se alió “con” los franquistas, a los que salvó no desautorizándolos, no investigando su acción en las instituciones del Estado ni mucho menos eliminando las estructuras de estas instituciones ni persiguiendo sus crímenes³. Es común escuchar argumentar a los actores transicionales que lo que la Transición consiguió fue lo mejor posible dadas las circunstancias y el equilibrio de poder entre franquistas y antifranquistas, con la dificultad de enfrentarse a los restos activos de una estructura de Estado franquista con importantes aliados en su brazo armado, el ejército. En este sentido, habría que considerar entonces por qué esos meritorios avances se perpetuaron en sus limitaciones democráticas una vez superados aquellos constreñimientos. Porque, en efecto, cuando el PSOE llegó al poder en 1982 aupado por una mayoría histórica que ponía fin a cualquier duda sobre el éxito de la Transición, no trató el consenso y la reconciliación como un compromiso coyuntural a superar de cara a expandir, con mayor asertividad y decisión, la democracia. Al contrario, consolidó esta democracia a base de reafirmar los acuerdos limitantes que habían definido la Transición y, a nivel discursivo, convirtiéndola en una Arcadia a reverenciar⁴.

Es en este momento que la Transición se estabiliza como versión hegemónica del tránsito a la democracia española. La historiografía afín la representaba como un proceso cívico, un «aprendizaje de la libertad»⁵ que buscaba convencer a los españoles de que tenían que dejar a un lado particularismos políticos y rencillas históricas para mejorar el presente y avanzar en el camino de un comportamiento democrático normalizado y homologado por el resto del mundo desarrollado. El trabajo de la Transición había puesto fin a la anomalía española de querer y no poder llegar a los estándares europeos⁶. En adelante el compromiso político era superfluo. Así es como Santos Juliá interpretaba el fenómeno del “desencanto”, que definía

² Véase Chamouleau (2020) y Sánchez León (2010) sobre la convergencia entre el pensamiento de la tecnocracia franquista y del socialismo liberal y la democracia cristiana antifranquistas sobre la sociedad civil que anticipa el consenso de la Transición.

³ Véase Molinero (2007) para una discusión de las discontinuidades a las que me estoy refiriendo en este discurso. Por otra parte, Juliá (2003) ve la Transición, con su «echar al olvido» el pasado, como continuadora de las políticas de reconciliación del tardofranquismo, y basa su defensa del periodo en dicha continuidad.

⁴ Véase Muñoz Soro (2011) sobre el papel de los intelectuales y, en particular, el rol del diario *El País* en la construcción discursiva hegemónica de las bondades del consenso.

⁵ Este es el título del libro de Juliá y Mainer (2000).

⁶ Un recuento excelente de los condicionamientos filosóficos que subyacen a la historia moderna de España desde el siglo XVIII, poniendo particular atención en las versiones liberales se encuentra en Artíme (2016).

la desactivación política de gran parte de la población y las generaciones jóvenes españolas desde finales de los años setenta:

Los componentes de la cultura política de los españoles, una vez consolidada la democracia, se acercan notablemente a magnitudes medias de la entonces [en los años 80, MPB] Comunidad Europea: legitimidad de la democracia, satisfacción sólo relativa por su funcionamiento, ubicación en el centro político, preferencia por las reformas antes que por la revolución, desinterés por la política o, en general, por los asuntos de gobierno es la mezcla de valores que constituyen la cultura política de las democracias de nuestro tiempo. En esto [...] los españoles con la Transición a la democracia dejaron también de ser diferentes: la baja participación parece ser una de las características de la vida política en democracias consolidadas (2000: 72-73).

Habiendo despejado el campo de sectarismos y del estado autoritario, la política se había transformado, legítimamente, en un coto reservado a las élites y los profesionales. No hay producto cultural que ofrezca una narración más fiel y celebratoria de esta visión que el documental dirigido y presentado en 1995 por la periodista Victoria Prego, *La Transición*⁷, producido por la televisión estatal, TVE, para marcar los primeros veinte años de la democracia. La acción de los líderes políticos transicionales había legado al país un estatus de democracia moderna desarrollada a entender como ámbito autónomo y postpolítico atendido por profesionales centrados en promover el bien común. De forma correlativa, también se consideró inapropiada e innecesaria la política en el frente cultural. En el mundo del arte, el de la literatura, el compromiso político era un lastre farragoso que había que dejar atrás en pro de proyectar internacionalmente y de cara a un público español, una nueva españolidad (Marzo 2010:169, 275; Stuart-Smith 2004: 191; Verdú 2007: 302). En una referencia a la cultura catalana que es extrapolable al resto del Estado afirma Jorge Luis Marzo que el arte desde los años ochenta:

s'havia de constituir com un terreny de benestar, desconflictuat, com un dispositiu sensible que donés caliu, que arropés la gent, que funcione com a paliatiu de les tensions pròpies de la societat política moderna: un art que proposés un espai de comfort: pintures, escultures, pel·lícules, que oferissin oasis escapistes de sensibilitat (2013: 7).

La llegada democrática al poder de José María Aznar en 1996 normalizó el rol de la derecha en la joven democracia postfranquista, solidificando los términos democráticos de la Transición, e inaugurando una dinámica

⁷ Los 13 capítulos de la serie están disponibles en el archivo de RTVE: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/la-transicion/>.

con el PSOE de “turno pacífico” de alternancia en el poder que, aparte de las regiones catalanas y vascas, se mantendría estable hasta las irrupciones de Podemos (2014) y Ciudadanos (2006). El espacio político resultante, caricaturizado por el escritor Manuel Vázquez Montalbán como *centrífugo, centrísta, centrado* (2003: 53), estigmatizaba y descalificaba cualquier alternativa como radicalismo inviable. Bien es cierto que había diferencias entre los dos partidos, particularmente en materia de políticas sociales, pero las coincidencias de ambos en lo económico contribuyeron a sumar España al global sentido común neoliberal. La explotación al máximo del sector inmobiliario y de la construcción, trabajando dentro de un modelo de economía especulativa que bajó temerariamente las condiciones de préstamo bancario, fomentó el consumismo y explotó la lógica del *branding* como criterio de transformación económica de pueblos y ciudades convertidos en destinos turísticos, erosionando la calidad de vida y la legitimidad de la democracia: políticos y representantes institucionales tentados por la corrupción, sobreabundancia de mano de obra precaria en la construcción y los servicios, impacto medioambiental ignorado. Todo lo cual la cultura contribuyó a enmascarar (Marzo y Badía 2006: 4).

Antes de que la crisis de 2008 hiciera visibles los fallos estructurales del capitalismo neoliberal, el descontento social se había expresado y organizado, particularmente durante el segundo mandato de Aznar (2000-2004): protestas desde 2001 contra el Plan Nacional Hidrológico de desvío de aguas del río Ebro en Catalunya a las regiones de Valencia y Murcia; huelga general de junio de 2002 contra la reforma laboral, aprobada por el gobierno sin escrutinio parlamentario; movilizaciones bajo el lema *Nunca Mais* por la gestión desastrosa, con consecuencias ecológicas catastróficas, del naufragio del petrolero *Prestige* frente a las costas gallegas en noviembre de 2002; demanda por la recuperación de la memoria histórica de los vencidos y víctimas de la guerra civil y el franquismo, en particular por la localización y exhumación de las fosas de ejecutados sin juicio por el franquismo; creación en 2003 de la Plataforma por una Vivienda Digna (Haro Barba y Samperio Blanco 2011), precursora de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) en 2009; manifestaciones masivas contra la guerra de Irak en 2003; participación en el movimiento altermundista, con Barcelona como importante nodo activista internacional (Juris 2008), y en concreto en marzo de 2002 interrumpiendo la cumbre de jefes de estado de la UE durante el semestre de presidencia española. En todas ellas pudieron participar nuevas generaciones, pero también otras de más edad con experiencia en el activismo de la primera Transición a que antes nos hemos referido. Después de años de *desencanto*, la ciudadanía volvía a ser sujeto político con un papel transformador de la democracia a jugar. Estas cristalizaciones de la protesta social en los primeros 2000 son una escuela política que tendría una

articulación masiva y de gran alcance político una década después con el 15M. Lo que vale la pena destacar para nuestro argumento es que el diagnóstico que las insurrecciones de 2011 harían de la crisis iba más allá del colapso global de la economía neoliberal para demandar más calidad democrática, apuntando a la Transición misma como limitadora de esa calidad con conceptos clave como «régimen del 78» y CT (cultura de la Transición), e iniciando un proceso que algunos llaman segunda Transición⁸.

En la medida en que la Transición se había postulado durante tres décadas como el origen a celebrar del presente democrático del Estado español, la disputa sobre los límites de la democracia en la España postdictatorial implicaba el cuestionamiento de la Transición. Territorio particularmente importante de esta disputa era el del pasado anterior a ella. La reconciliación nacional —el acuerdo tácito entre las partes de no utilizar este pasado en las luchas políticas del presente— había empezado a resquebrajarse con la llegada al poder del PP en 1996. Lo había incumplido el PSOE en la campaña electoral previa al intentar frenar la ventaja de José María Aznar invocando las conexiones de su partido con el franquismo. Aunque el intento fue vano, los contenidos relativos a la memoria de las víctimas del franquismo se consolidaron en los discursos de la oposición tanto del PSOE como de Izquierda Unida y los partidos nacionalistas catalanes y vascos (Balibrea 2014). Por lo que se refiere a las derechas, mantener una actitud de contrición y contención con referencia a sus simpatías autoritarias y conexiones con el Estado criminal franquista había sido el único precio que se le había hecho pagar durante la Transición, permitiéndosele mantener todo su patrimonio económico e influencia, salvo el ejército, en las instituciones. Habiendo ganado las elecciones de 1996 contra partidos que habían sacado a relucir sus conexiones con el franquismo, esta derecha empezó a considerarse validada para volver a una celebración abierta de los logros del franquismo y su visión patriótica. Todo lo cual preparó el terreno para un nuevo enfrentamiento social, político y cultural sobre la memoria histórica y el sentido que debía darse en la narrativa nacional a la Segunda República, la guerra civil, la dictadura y el exilio republicano. El boom de popularidad y ventas de material cultural centrado en la Guerra Civil y la represión franquista surgió en los primeros 2000 al tiempo que estaban ocupando el centro de la arena política y social los movimientos por la recuperación de la memoria histórica y las contrapartidas revisionistas de la historiografía de derechas: son las guerras de la memoria.

⁸ El acrónimo CT lo acuñó el periodista Guillem Martínez, y da título al libro que coordinó: *CT o la Cultura de la Transición* (2012). La expresión «régimen del 78», por su parte se articula en las Asambleas del 15M y lo encontramos desarrollado en estudios como Rodríguez López (2015) y Monedero (2017). Finalmente, el concepto de «segunda Transición» se reaviva en este momento, pero tiene una más larga genealogía, véase Castellanos López (2015).

De la mano de estas disputas emergió además desde la izquierda una genealogía crítica de la Transición que ponía en evidencia lo que había habido de éticamente cuestionable en la promoción de la reconciliación transicional: cómo sus pactos de silencio y no agresión habían comprometido la calidad de la democracia al no denunciar la versión franquista de la historia que justificaba el golpe de estado de julio de 1936 y la guerra civil de exterminio, culpando a la democrática Segunda República de hacerlos necesarios⁹. Mientras para zanjar el tema pregonaba la equidistancia —ambas partes habían sido en igual medida responsables y víctimas de la violencia durante la guerra— en verdad la hegemonía transicional había creado un desequilibrio. A cambio de promocionar como modélica una sociedad pacificada y desinteresada de su propio pasado, se habían tolerado implícitamente perspectivas autoritarias de la historia, mientras se acallaban las manifestaciones antifranquistas, demandas de más democracia y expresiones de disenso. Estos cuestionamientos fueron creando desde finales de los noventa y especialmente los primeros 2000 condiciones favorecedoras de la presencia en la arena pública de un escrutinio crítico del consenso transicional y sus efectos. Surgió así un interés y curiosidad renovados por la marginalidad contestataria transicional y sus expresiones culturales más o menos efímeras y anteriormente condenadas a desaparecer, así como el reconocimiento de sus conexiones con movimientos sociales de base igualmente olvidados. Ejemplo temprano de ello es en 1997 *No haber olvidado nada*, documental de significativo título producido por los artistas Marcelo Expósito, Fito Rodríguez y Gabriel Villota. Es ahora que este corpus se convirtió en un legado reconocible alrededor de ideas de discrepancia, protesta y contracultura. En el campo del arte, los museos son clave en el esfuerzo por recuperar, archivar y dignificar su importancia político-cultural y estética. Un proyecto de gran ambición como *Desacuerdos. Sobre arte, políticas y esfera pública en el Estado español*, iniciado en 2003 y compartido por el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA), el Centro de Arte y Cultura Contemporánea de San Sebastián (Arteleku) y arteypensamiento de la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA) en Sevilla, es paradigmático de un entendimiento político del arte y la cultura como práctica crítica que encuentra en la primera Transición ejemplos de recuperación imprescindible:

Rastrear una pluralidad de prácticas, modelos, contramodelos culturales, que no responden al tipo de estructuras, políticas y prácticas dominantes que se impusieron durante los años ochenta, en aquel momento

⁹ Para un recuento bibliográfico de la historiografía de la Guerra Civil desde la Transición y hasta mitad de los 2000 dando cuenta de los conflictos ideológicos en sus puntos de vista, véase Pérez Ledesma (2006).

privilegiado de tránsito histórico en la pretendida modernización de este país («Desacuerdos...» 2003: 12).

Con el propósito de «señalar fracturas y abrir brechas que estimulen una relectura crítica de los discursos históricos consolidados» («Introducción» 2005: II), *Desacuerdos* fue produciendo un archivo en las diferentes lenguas del Estado español de proyectos transicionales subversivos como Video-Nou, radios libres, televisiones locales independientes, feminismos, figuras icónicas como la del director de cine Joaquim Jordà, el artista Hermínio Molero, o el proyecto *Galeria Redor*, y formas literarias como los comics (el Cubri, Bazofia). Este tipo de práctica cultural autoconsciente y reflexiva, trabajando a contrapelo de lo hegemónico, anticipaba también y preparaba el terreno, igual que los movimientos sociales y protestas ya mencionados, a la cristalización crítica del momento insurgente de 2011, ayudando a una transmisión de la demanda democrática como un objetivo para el que se entendía que la Transición, tal como se dio, había sido un obstáculo¹⁰.

Mientras desde derecha e izquierda se rompía el pacto de consenso y reconciliación transicional, no le faltaban defensores a la Transición. Ya se ha dicho que el éxito de su discurso estaba supeditado a poner fin a las disputas sobre el pasado para dedicarse por completo al proyecto de convertir España en una democracia liberal manejada por especialistas: la política para los políticos y, cuando se trataba de interpretar el pasado nacional, la historia para los historiadores. No debe sorprendernos que fuera desde las mismas filas del PSOE —que desde su llegada al poder en 1982 había consolidado las premisas de la Transición— y del liberalismo que surgieran, desde los últimos años noventa, los más feroces críticos de quienes se habían atrevido a cuestionar cómo la Transición había tratado el tema del pasado. Joaquín Leguina lo consideraba memorialismo oportunístico. Su libro *El duelo y la revancha* (2010a) es una diatriba contra quienes, en la izquierda, al defender acríticamente la Segunda República, proponer una visión maniquea de la Guerra Civil y exagerar la representación de la represión franquista llamándola genocidio, habían fracturado el pacto transicional¹¹. Igualmente cáustico era José Varela Ortega (2011). Historiadores menos viscerales en sus críticas como José Álvarez Junco, Pablo Fusi o el sociólogo Víctor Pérez Díaz se centraban también en una defensa de la Transición, rechazando el concepto de «pacto del olvido» y advirtiendo contra un espíritu de revancha que la Transición había conseguido mantener a raya. La más

¹⁰ Es significativo que las publicaciones de *Desacuerdos* se extendieron hasta 2014 con 8 volúmenes, asociados al Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (MNCARS) y a una idea de museo como participante político activo en la producción de narrativas contra hegemónicas.

¹¹ Véase también Leguina (2010b).

significativa entre las voces críticas era la de Santos Juliá, quien en libros como *Elogio de la historia en tiempos de memoria* (2011), *Hoy no es ayer* (2010)¹², artículos como el ya mencionado «*Echar al olvido*» y en muchos artículos de opinión periodística atacaba sistemáticamente al movimiento por la recuperación de la memoria histórica como responsable de destruir el delicado equilibrio conseguido en la Transición. Defensor a ultranza de la superioridad de la historia sobre la memoria para proporcionar evidencias sobre el pasado, Juliá argumentaba que las críticas emitidas por quienes defendían la memoria histórica eran ejemplos de un pensamiento postmoderno cuyo objetivo era socavar los logros de la modernidad:

Su objetivo: borrar todas las barreras que separan la historia, la antropología, el arte, la política, la literatura y la economía, a la espera de liquidar también la diferencia entre historia y ficción [...] la sociedad quedó disuelta en la cultura; inmediatamente la cultura se redujo a lenguaje y la acción a comunicación (2011: 84-85).

La ansiedad disciplinaria de Juliá se resuelve en un ataque a la cultura, acusada de destruir, para colonizar, las fronteras entre disciplinas. Contra ella propone «la autonomía radical, desde la raíz, del conocimiento histórico y su libertad en relación con la memoria» (2011: 227). Este rechazo de la memoria buscaba proteger el monopolio sobre la interpretación del pasado, un coto cerrado para profesionales del gremio¹³. El ataque a la defensiva contra la cultura ilustraba precisamente que, en tiempos de auge y comercialización de la memoria, un entendimiento político de la cultura amenazaba con arrastrar al centro de lo social una confrontación sobre el pasado que, según Juliá, la Transición había conseguido evitar con su consciente y activo *echar al olvido*. Los productos culturales, omnipresentes en las guerras de la memoria, y su —polémica— contribución eran indispensables para la articulación de la memoria de los vencidos. Artistas, intelectuales, sus agentes, sus productos, sus intérpretes, todos estos actores culturales tenían capacidad de representar, reflejar y diseminar el significado político de la memoria histórica, un verdadero *soft power* que historiadores como Juliá se tomarían la molestia de descalificar. Los ataques a Almudena Grandes están entre los ejemplos más conocidos pero, dentro de las luchas más estrictamente académicas, una bestia negra de estos historiadores eran, y siguen siendo, los acercamientos disciplinarios centrados en la interpretación de lo estético y artístico en relación con realidades políticas, históricas e ideológicas. En pocas palabras, los Estudios Culturales.

¹² El «Prólogo» es particularmente relevante.

¹³ Más sobre la polémica alrededor del entendimiento ontológico de la historia en Juliá se encuentra en Izquierdo (2006); Cuesta (2012); Faber (2018: 63-73).

Pero hay que decir que desde estas mismas posiciones que negaban a la cultura un lugar legítimo en los debates históricos y políticos, se ha aprovechado su status privilegiado para atacar a las posiciones críticas con la Transición. La «literatura sin ficción» de Javier Cercas es un buen ejemplo de ello. Su *Anatomía de un instante* (2009), recuento histórico pormenorizado del golpe de estado del 23-F es, ideológicamente, una defensa de la Transición y un homenaje a los héroes que, traicionando a sus correligionarios políticos, salvaron al país¹⁴. En el último capítulo del libro Cercas ajusta cuentas con los defensores de la recuperación histórica al hacer que su protagonista, indistinguible de él mismo, reniegue de sus posiciones de izquierda crítica de juventud para abrazar la moderación conservadora de sus progenitores exfalangistas. Cercas —el personaje, el escritor— rinde así homenaje a su padre. En la siguiente cita explica por qué la Transición se ha convertido desde los primeros 2000 en objeto de luchas políticas:

[el primer motivo es, MPB] la llegada al poder político, económico e intelectual de una generación de izquierdistas, la mía, que no tomó parte activa en el cambio de la dictadura a la democracia y que considera que ese cambio se hizo mal, o que hubiera podido hacerse mucho mejor de lo que se hizo; el segundo es la renovación en los centros de poder intelectual de un viejo discurso de extrema izquierda que argumenta que la Transición fue consecuencia de un fraude pactado entre franquistas deseosos de mantenerse en el poder a toda costa, capitaneados por Adolfo Suárez, e izquierdistas claudicantes capitaneados por Santiago Carrillo, un fraude cuyo resultado no fue una auténtica ruptura con el franquismo y dejó el poder real del país en las mismas manos que lo usurpaban durante la dictadura, configurando una democracia romana e insuficiente, defectuosa (431-432).

Que Cercas no está de acuerdo con estas opiniones de izquierda se expresa inequívocamente:

la democracia española [...] es una democracia de verdad. [...] Negarlo es negar la realidad, el vicio inveterado de cierta izquierda a la que continúa incomodando la democracia y de ciertos intelectuales cuya dificultad para emanciparse de la abstracción y el absoluto impide conectar las ideas con la experiencia (433-434).

Terminaremos con un ejemplo de cómo la crítica literaria y su historiografía intervienen también en las guerras de la memoria apoyando la Transición y descalificando a sus críticos con argumentos muy semejantes

¹⁴ Para un análisis pormenorizado de la ideología subyacente a la visión histórica de Cercas, véase Faber (2018: 192-205). Más en general, para una valoración de las posturas de los intelectuales liberales ante las críticas a la Transición, véase Rendueles (2019).

a los de Cercas. La cita que sigue es de Jordi Gracia y se sitúa al final de su *A la intemperie. Exilio y cultura en España* (2010), ensayo que defiende el argumento de que los artistas y exiliados del exilio republicano aceptaron su marginalización en el proceso transicional porque entendieron que no tenían ningún papel que jugar en la democratización del país después de haber estado fuera de él tantos años. Según Gracia, si España alguna vez había tenido un problema con el exilio republicano, el problema terminaba con la muerte de los integrantes de este colectivo. En consecuencia, los esfuerzos por parte de quienes reclaman la importancia del legado y la memoria del exilio republicano para la democracia española se consideran voluntaristas, nostálgicos y equivocados:

En este nuevo contexto [de memoria histórica, MPB], ha reaparecido con más fuerza que antes el fantasma de la traición a los ideales del exilio, a la modernidad histórica que encarnaba el exilio frente a la modernidad real que fue haciendo la España tardofranquista y la misma democracia. Algunos revisionistas de la Transición han encontrado en ese papel secundario del exilio un argumento adicional para cuestionar no tanto la legitimidad del proceso de cambio a la democracia como su incapacidad para cumplir los sueños de una izquierda que se siente defraudada con la socialdemocracia. Es una decepción política de largo alcance nostálgico [...] [y] sin embargo está presente todavía entre quienes creen que la Transición democrática trivializó la herencia de la izquierda ideológica o transigió con rebajas inaceptables en el cuadro de valores que perdió en 1939 (215-216).

Un final abierto: nuevos retos a la Transición

En las disputas sobre la validez de la Transición como modelo democrático encontramos conceptualizaciones opuestas de la historia de España. Para los críticos de la Transición, ésta fracasa porque se ahogaron potencialidades democráticas imprescindibles, impidiendo que se materializaran. Es por ello que la Transición no ha acabado y que es necesario continuar insistiendo en la demanda de una regeneración democrática y de justicia económica que la hegemonía transicional excluyó. Para los defensores de la Transición, es de hecho esta insistencia en pedir más democracia, en forzar los límites de lo posible en las agendas políticas y sociales lo que pone en peligro las estructuras democráticas que la Transición fue capaz de asentar. Como ha ilustrado este artículo, los enfrentamientos entre estas dos visiones —la protesta y el disenso contra la hegemonía de la visión celebratoria de la Transición— se habían venido manifestando, social y culturalmente, desde el principio de la Transición. Sin embargo, se hicieron particularmente patentes en las movilizaciones que se siguieron a la crisis de 2008 y a las

políticas de austeridad que cargaron su resolución en los hombros de los más débiles. Para complicar más las cosas, por esas mismas fechas surgió con gran fuerza otro movimiento social y político radicalmente crítico con la democracia construida por la Transición: el *procés* de independencia de Catalunya. Después de que en junio de 2010 el Tribunal Constitucional rechazara el reformado Estatut de Autonomía de Catalunya de 2006, creció imparable la protesta catalana contra un considerado insuficiente e injusto Estado de Autonomías blindado por instituciones del Estado encargadas de que nunca se revise ni amplíe, haciendo de la independencia la única vía posible para ensanchar el horizonte democrático¹⁵.

A alturas de 2024, ambos cuestionamientos a los parámetros democráticos transicionales han sido, si no contrarrestados, sí debilitados. La aparición de *Sumar* en 2022 fragmentó a la izquierda disminuyendo hasta la casi desaparición la representación parlamentaria de *Podemos*, principal vehiculador de las críticas al «régimen del 78». Por otra parte, la represión policial al referéndum no autorizado de independencia de Catalunya del 1 de octubre de 2017 y la persecución legal de los dirigentes y militantes independentistas tras la fugaz declaración unilateral de independencia del 27 de octubre del mismo año pusieron de manifiesto la fuerza del Estado para neutralizar intentos secesionistas. ¿Ha resultado todo ello en una nueva consolidación de la Transición como ideal para avanzar en la práctica democrática? No lo parece. En unos momentos en que los avances de la ultraderecha, no solo en España sino globalmente, amenazan con acabar con las democracias liberales, el reproche al manto protector con que la Transición española cubrió a esta derecha, confiando en que bastaría con no molestarla para anularla, tiene ahora más vigencia que nunca.

Sea como sea, la Transición sigue siendo un origen reconocible del presente, un momento determinante al que continúa siendo necesario volver para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro de la democracia española.

Bibliografía

- Amat, Jordi, *La conjura de los irresponsables*, Barcelona, Anagrama, 2017.
Artíme, Manuel, *España. En busca de un relato*, Madrid, Dykinson, 2016.
Balibrea, Mari Paz, «La despolitización de la memoria histórica del exilio republicano en democracia: paradojas, excepciones, y el caso de Jorge Semprún», *Historia del Presente*, 23, 2014, pp. 119-132.

¹⁵ Véase Amat (2017) para un argumento explicativo de los orígenes del conflicto catalán que se remonta al franquismo y la creación del Tribunal Constitucional durante la Transición.

- Castellanos López, José Antonio, «El mito de la Segunda Transición» en *Pensar con la Historia desde el Siglo xxi: Actas del xii Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, eds. Pilar Folguera et al., Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 3439-3456.
- Cercas, Javier, *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009.
- Cuesta, Raimundo, «Menosprecio de la memoria y alabanza de la historia. A propósito de una reciente obra de Santos Juliá», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 30, 2012, pp. 290-294.
- Chamouleau, Brice, *Tiran al maricón. Los fantasmas queer de la democracia (1970-1988)*, Madrid, Akal, 2017.
- . «Derechos humanos para el posfranquismo. Lo político y la ciudadanía civil», *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 15, 2020, pp. 445-469.
- «Desacuerdos Sobre arte, políticas y esfera pública en el Estado español», en *Desacuerdos 1*, eds. Jesús Carrillo e Ignacio Estella Noriega, Barcelona, Arteleku, MACBA, UNIA arteypensamiento, 2003, pp. II-13.
- Faber, Sebastiaan, *Memory Battles of the Spanish Civil War. History, Fiction, Photography*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2018.
- Gracia, Jordi, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- Haro Barba, Carmen y Víctor F. Sampedro Blanco, «Activismo político en red: del Movimiento por la Vivienda Digna al 15M», *TeknoKultura. Revista de cultura digital y movimientos sociales*, 8, 2, 2011, pp. 167-185. Disponible en línea: <http://revistas.ucm.es/index.php/TEKN/article/view/48025> (última consulta 18.12.2024).
- . «Introducción», en *Desacuerdos 3*, eds. Jesús Carrillo, Lidia García-Merás e Ignacio Estella Noriega, Barcelona, Arteleku, MACBA, UNIA arteypensamiento, 2005, pp. II-14.
- Izquierdo, Jesús, «La objetividad como ortodoxia: los historiadores y el conocimiento de la Guerra Civil», en *Guerra civil: mito y memoria*, eds. François Godicheau y Julio Arostegui, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 95-135.
- Juliá, Santos, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la Transición a la democracia», *Claves de razón práctica*, 243, 2003, pp. 248-269.
- . *Hoy no es ayer. Ensayos sobre Historia de España en el siglo xx*, Madrid, RBA Libros, 2010.
- . *Elogio de la historia en tiempos de memoria*, Madrid, Fundación Martín Escudero/Marcial Pons, 2011.
- Juliá, Santos y José Carlos Mainer, *El aprendizaje de la libertad. La cultura de la Transición*, Madrid, Alianza, 2000.
- Juris, Jeffrey, *Networking Futures: the Movements against Corporate Globalization*, Durham, N.C., Duke University Press, 2008.

- Juste, Rubén, *Ibex 35. Una historia herética del poder en España*, Madrid, Capitán Swing, 2017.
- Labrador Méndez, Germán, «¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política en la Transición española y el imaginario de la historia en el 15M», *Kamchatka*, 4, 2014, pp. II-61.
- . *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la Transición española (1968-1986)*, Madrid, Akal, 2017.
- Leguina, Joaquín, *El duelo y la revancha. Los itinerarios del antifranquismo sobrevenido*, Madrid, La esfera de los libros, 2010a.
- . «Enterrar los muertos», *El País*, 24.04.2010b Disponible en línea: https://elpais.com/diario/2010/04/24/opinion/1272060012_850215.html (última consulta 04.09.2018).
- López, Isidro y Emmanuel Rodríguez, *Fin de ciclo: Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.
- Martínez, Guillem, *CT o la Cultura de la Transición*, Barcelona, DeBolsillo, 2012.
- Marzo, Jorge Luis, *¿Puedo hablarle con libertad, excelencia?: Arte y poder en España desde 1950*, Murcia, Cendeac, 2010.
- . *L'era de la degradació de l'art i de la política cultural a Catalunya*, Barcelona, El Tangram, 2013. Disponible en línea: https://www.soymenos.net/La_degradacio_de_l'art_a_Catalunya.pdf (última consulta 18.12.2024).
- Marzo, Jorge Luis y Tere Badia, «Las políticas culturales en el estado español (1985-2005)», 2006. Disponible en línea: https://www.soymenos.net/politica_espanya.pdf (última consulta 18.12.2024).
- Molinero, Carme, «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», *Ayer*, 66, 2007, pp. 201-225.
- Monedero, Juan Carlos, *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Madrid, Catarata, 2017.
- Muñoz Soro, Javier, «La Transición de los intelectuales antifranquistas (1975-1982)», *Ayer*, 81, 2011, pp. 25-55.
- Pérez Ledesma, Manuel, «La Guerra Civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo», en *Memoria de la guerra y del franquismo*, dir. Santos Juliá, Madrid, Taurus, 2006, pp. 101-133.
- Rendueles, César, «Ovejas con piel de lobo», *Pasajes*, 58, 2019, pp. 70-80.
- Rodríguez López, Emmanuel, *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*, Madrid Traficantes de Sueños, 2015.
- Sánchez León, Pablo, «Encerrados con un solo juguete. Cultura de clase media y metahistoria de la Transición», *Mombaça*, 8, 2010, pp. II-18.
- Stuart-Smith, Mark, *Juan Muñoz. The Politics of Silence*, Oxford, Peter Lang, 2024.

Varela Ortega, José, «Políticas de la memoria: desde la Transición y con la República», *Seminario de Historia. Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid/Fundación José Ortega y Gasset, 2011. Disponible en líneas: <https://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2013-07-29-7-II.pdf> (última consulta 24.09.2018).

Vázquez Montalbán, Manuel, *La aznaridad. Por el imperio hacia Dios o por Dios hacia el imperio*, Barcelona, Mondadori, 2003.

Verdú Schumann, Daniel A., *Crítica y pintura en los años ochenta*, Madrid, Universidad Carlos III, 2007.

Wilhelmi, Gonzalo, *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Madrid, Siglo xxi, 2016.

